

Aporte importante a las ciencias sociales

Replanteando el desarrollo: modernidad indígena e imaginación moral

DAVID D. GOW

Universidad del Rosario, Bogotá, 2010, 305 págs., il.

HABLAR DEL desarrollo desde perspectivas diferentes a la economía, la planeación o la prospectiva es algo difícil de aceptar a priori. Lo es por las concepciones que se tienen de la evolución social que generaron la Ilustración y la modernidad, las cuales ya no decían que “todo tiempo pasado fue mejor”, sino que “vendrán tiempos mejores”, en una construcción de esperanzas sociales muy propias del positivismo. Se trata, desde luego, de perspectivas analíticas tradicionales que son rotas en el resultado de investigación que aquí ofrece el doctor Gow, quien construye una visión del desarrollo que rompe con lo que había leído hasta el presente.

Esta ruptura obedece a varias cosas, entre otras:

1.^a *La perspectiva disciplinar*: ahora es la antropología la ciencia social desde la cual se abarcan, no las políticas del desarrollo, sino los resultados de dichas políticas y las formas sociales en que se asumieron.

2.^a *La perspectiva analítica desde la cual se miran las políticas*: esta vez la mirada no es “desde abajo” o “de los de abajo”, muy propia de una visión particular de la historia que es desde donde observo el desarrollo y que se conoce como la “historia de los vencidos”; tampoco lo es “desde arriba”, propia de los “vencedores o dominadores”, si se entiende por ellos a quienes lograron controlar el Estado y desde él impusieron sus propios proyectos de desarrollo a los “dominados” (por utilizar una categoría del antiguo régimen muy empleada por los pensadores de izquierda) o a los “subalternos” (un término que se puso de moda y que, a menudo, es usado para denotar actores sociales que poco tienen que ver con la subalternidad). No, no son estas las formas de mirar que utiliza el autor: esta vez mira “hacia abajo”, lo cual nos da una perspectiva de análisis social

diferente y muy rica como se trata de exponer a continuación.

3.^a *La perspectiva de los actores sociales*: la modernidad es vista en actores sociales que consideramos genéricamente como atrasados y/o premodernos, aunque sean producto de la modernidad, como ocurre con las comunidades indígenas del Cauca, cuya organización actual obedece a las políticas del Estado colonial y también a las que se desarrollaron a partir de la Constitución de 1991, por lo cual les quedó muy poco de lo que se podría llamar “pueblos originarios”.

4.^a *La perspectiva teórica*: estudiar “modernidad” indígena e “imaginación moral”, que nos pone en el plano de los estudios poscoloniales, sin quedar preso en las concepciones teóricas de las escuelas indobritánicas, que han dominado este campo ante el fracaso en la aplicación de ciertas teorías marxistas frente a la resistencia y el conflicto.

Por todo lo anterior, este es un libro importante por las posibilidades renovadoras que ofrece a quienes miran la evolución social desde diferentes perspectivas.

El libro está diseñado como una propuesta de investigación; el autor queda preso de los “marcos teóricos”, pues la introducción está llena de conceptos apoyados en autores y definiciones de lo que se tratará más adelante. Es como una puesta en claro de las reglas de juego que regirán el análisis. Debido a esto nos encontramos con definiciones reelaboradas de conceptos como cultura o modernidad; o con el establecimiento de las diferencias entre “el otro antropológico” y “el otro etnográfico”; o con las tensiones que se dan entre “el adentro y el afuera”, “lo nuevo y lo viejo”. Todo para centrar un debate sobre el conocimiento local y su contribución al desarrollo y la modernidad y, para mostrar con hechos incuestionables que “para los que viven al margen y para los que ya se encuentran marginados la supervivencia a menudo depende de alguna forma de resistencia, ya sea a través de la práctica cuidadosa y calculada de las armas de los débiles y de las vías más radicales y potencialmente más peligrosas de la movilización masiva y la resistencia armada” [pág. 29].

A pesar de mi resistencia a los mar-

cos teóricos por inducir respuestas a hipótesis a menudo no ceñidas a la realidad y por su restricción al conocimiento cuando no se tiene un claro manejo de las realidades sociales o históricas, las reflexiones metodológicas del doctor Gow son muy útiles pues fueron pensadas después de manejar por muchos años la realidad indígena del Cauca y del Perú. No son útiles solo para abordar este libro, también deben ser tenidas en cuenta para entender resistencias en contextos diferentes. Por eso, se puede afirmar que la primera parte del libro es un verdadero manual de trabajo de campo para los antropólogos y otros científicos sociales, entre ellos los historiadores. La experiencia del autor, narrada y sustentada paso a paso, no solo muestra los riesgos que corren quienes asumen con seriedad el trabajo antropológico, al estar –como en su caso– “bajo fuego”, sino la necesidad de vencer la desconfianza de las comunidades indígenas, de los mestizos y de las autoridades. Es claro que el “estar bajo fuego” no es un juego retórico, es una realidad para aquellos científicos sociales que tuvieron que enfrentar las resistencias internas de las comunidades, lo mismo que a grupos guerrilleros, paramilitares y a las propias fuerzas armadas del Estado.

Por constituir el primer capítulo una serie de orientaciones para quienes realizan trabajo de campo en Colombia –en “ambientes políticamente volátiles donde son vistos con recelo, cuando no con hostilidad abierta”–, se transcribe su última recomendación al considerar que “el antropólogo es un agente libre que puede escoger ir y venir como lo desee, yo propongo que una forma de alcanzar el *modus vivendi* es a través de una forma de investigación moral, comprometida e involucrada, pero crítica, que sea tanto colaborativa como productiva” [pág. 72].

El capítulo central del libro es el titulado “Desastre y diáspora: discursos de desarrollo y oportunidad”, centrada en el terremoto y posterior avalancha del 6 de junio de 1994. Se trata de un trabajo etnográfico enfocado hacia las consecuencias de un desastre natural que produjo el desplazamiento de varias comunidades indígenas caucanas. Se supera el tema del desplazamiento como un problema logístico de in-

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>fraestructura e ingeniería para ser abordado en sus dimensiones sociales, culturales y económicas. En estas circunstancias el “desastre” aparece para el investigador como “la posibilidad de estudiar de cerca el cambio rápido, a menudo traumático, oportunidad que pocas veces se da en el más reposado mundo de la investigación académica”; aparece como “un laboratorio antropológico” [pág. 76].</p> <p>La parte fundamental del asunto a estudiar es la relación desplazamiento-desarrollo. El desastre de 1994 puso en evidencia que las bajas condiciones de desarrollo de las comunidades caucanas obedecían a múltiples factores derivados de una violencia estructural que los mantuvo en condiciones sociales de precariedad; violencia estructural que se debe a la falta de condiciones de equidad, a la corrupción, a la arbitrariedad y a la impunidad. Esto se hizo evidente cuando, con el fin de solucionar los problemas derivados del desastre, se optó por minimizar los aspectos culturales para darle prioridad a un desarrollo que fue formulado por diferentes agencias del Estado colombiano, sin tener en cuenta a los afectados.</p> <p>Es precisamente en el desarrollo de estas políticas donde se pueden ver –según Gow– los aportes de los antropólogos, pues pudo observar que las políticas del Estado y sus Agencias fueron cambiantes, como cambiante fue la forma asumida por las tres comunidades afectadas por ellas para responder a las oportunidades de desarrollo que se les ofrecían. Esto lo logró al estudiar los discursos que utilizaron los unos y los otros, que fueron puestos por él en el contexto político, cultural y social en el cual ocurrió el desastre. Un buen ejemplo lo constituye la pregunta: ¿el desastre como un acto de Dios, de la naturaleza o del hombre? [pág. 79]; la búsqueda de respuestas le permitió no solo explorar la cosmogonía de las comunidades, el papel mesiánico de sus héroes y las nociones de castigo y oportunidad, sino también introducirse en la etnografía de los nasa. Baste un ejemplo: la madre tierra visita a un chamán en sus sueños y le dice: “Estoy cansada de ustedes. Voy a voltear para el otro lado. Voy a voltearles la espalda para que ustedes se den cuenta cómo es vivir sin una madre” [pág. 84].</p>	<p>La etnografía sobre los nasa que contextualiza este libro es bastante completa y crítica. No los muestra como un grupo étnico único, sino en los múltiples cambios que han experimentado durante los procesos de colonización, lo que le permite hablar del agotamiento de las tierras, del deterioro de las condiciones de existencia y de la disminución en las expectativas de vida. Tampoco ofrece una visión romántica de estos pueblos al evidenciar dramáticamente el descuido en que los ha tenido la sociedad y el Estado colombianos. Descuido que también se evidenció durante la búsqueda de soluciones para el desastre, pues la creación de la Corporación Nasa Kiwe (CNK), como la entidad encargada de solucionar los problemas ocasionados por la catástrofe, no hizo más que evidenciar que el Estado colombiano seguía viendo a los indígenas sin tenerlos en cuenta, pues partía de la idea de que sus culturas estaban en crisis, pero también que esas culturas deberían ser preservadas y, aunque este fuera un propósito loable, lo cierto es que la entidad estatal debió ir superando obstáculos étnicos al incluir las visiones de los chamanes, primero, y las del Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC), después, entidad que tuvo un papel cada vez más decisivo en el desarrollo de los planes de reubicación y de preservación de la cultura lo que, de paso, hizo viable a la CNK, como se reconoció después cuando se dijo que la agencia “proporcionó la base para que los nuevos asentamientos ejercieran su propia agencia en lo que respecta a cómo ellos y sus hijos elegirían vivir sus vidas” [pág. 93].</p> <p>No es posible entrar a detallar la acción de este organismo estatal y las críticas que su accionar suscitó. En el libro el autor nos muestra cómo se tuvo que enfatizar el principio de preservación y mantenimiento de las instituciones y de los estándares de vida en un contexto indígena no “amenazante”, no obstante que la agencia estatal al controlar los recursos impuso unos discursos, que cada comunidad interpretó de manera diferente: Toéz Caloto elaboró uno modernizante; Juan Tama uno culturalista y Cxayu’ce un discurso nasa que combinó cultura y agricultura. De esta manera, el terre-</p>	<p>moto se convirtió en una oportunidad para el cambio constructivo.</p> <p>La obra incluye una muy buena crítica a la planeación externa a las comunidades y una recuperación de su capacidad agencial, lo que le permite a Gow hablar de “planeación indígena”, que está inmersa en una serie de tensiones y contradicciones; se menciona solo una: mientras los participantes ven los planes de desarrollo de manera escéptica, los dirigentes lo ven como una oportunidad de relación con el Estado, al mostrarlos como un indicativo de seriedad, de capacidad organizativa y de oportunidad para que las comunidades se vean a sí mismas y su lugar en la sociedad mayor. Desde luego, contra estos planes conspiran las formas organizacionales indígenas, cuyos dirigentes cambian cada año, sus propias visiones de futuro que a menudo no coinciden con las del Estado y la sociedad mayor, lo cual implica que los planes o parte de ellos deben enfrentar la presión externa. Es muy interesante en este capítulo la metodología indígena para la planeación colectiva, pues ofrece una detallada visión de procesos y sus múltiples dificultades, devenidas algunas del derecho consuetudinario indígena cuyos límites no son claros, otras originadas en el papel de los chamanes y de las creencias y las prácticas tradicionales, o de la deserción de los indígenas de sus comunidades de origen.</p> <p>No escapó al autor la necesidad indígena de recuperación de la historia, la lengua e identidad. Por ello, la educación indígena que cuestiona la modernidad permite analizar el pasado imaginando un futuro diferente. Se trata de una educación que recupera el conocimiento local y mejora las condiciones de existencia, para lo cual se utiliza el concepto de cultura asociado al bienestar, la armonía y la tierra; de esta manera, los niños nasa son preparados para que sean reconocidos con pleno derecho en una sociedad multicultural.</p> <p>Además, aunque no es el propósito del libro, el autor ofrece una historia de la resistencia indígena, de las largas luchas por la conservación de su cultura, su organización social y sus derechos. Aparecen los héroes indígenas, sus dirigentes y movimientos antiguos y modernos, su capacidad</p>

RESEÑAS		RESEÑAS
<p>de enfrentamiento y de negociación. Como es de suponer, registra los embates de los actores armados de la izquierda y la derecha, a la vez que resalta la irresponsabilidad del Estado que es incapaz de proteger y garantizar la vida de las comunidades y de sus dirigentes.</p> <p>Este libro constituye, sin duda alguna, un aporte importante a las ciencias sociales en nuestro país, no solo, como ya se dijo, por las contribuciones teóricas, sino por el manejo de una realidad que no se comprende muy bien: las dificultades que enfrentan las comunidades indígenas para construir su presente y su futuro.</p> <p style="text-align: center;">Alonso Valencia Llano Profesor, Universidad del Valle</p> <hr/>		